

*Información del artículo**Recibido: 05/07/2019**Revisado: 11/09/2019**Aceptado: 10/12/2019**Información del autor*

* Profesional en Filosofía de la universidad del Quindío. Estudios de Maestría en Filosofía en la Universidad Tecnológica de Pereira. Docente catedrático de la Universidad del Quindío.

Correo: *Correspondencia*
dfincon@uniquindio.edu.co

© 2019 Universidad La Gran Colombia. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Attribution License 4.0, que permite el uso ilimitado, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre que el autor original y la fuente se acrediten.

Cómo citar

Rincón, D.F. (2019) El deterioro de las relaciones interpersonales en los tiempos de la globalización y sus dimensiones éticas. Contexto 8, 86-94.

El deterioro de las relaciones interpersonales en los tiempos de la globalización y sus dimensiones éticas

Diego Fernando Rincón Bermúdez

Resumen

En las siguientes líneas los lectores podrán encontrar algunas reflexiones en torno a la dificultad de propiciar espacios de interlocución en las sociedades actuales. No se trata de una diatriba hacia la forma de mercado de las sociedades presentes, sino de un llamado de atención que muchos han comenzado, desde hace varios, y desde otras latitudes, al parecer un tanto en vano. El objetivo es generar la posibilidad de debatir frente al rumbo de la humanidad, no porque esté en manos del lector, sino porque está en manos de todos. Estas reflexiones, si acaso son el resultado de algunas investigaciones, son también el desvelo propio del autor que no cree en la posibilidad de no cambiar. Temas y problemas como la globalización, el capitalismo, la alienación y la ética, hacen parte de estas reflexiones. La economía mundial, más que un problema político es un problema ético; y desde estos surcos es que debe examinarse la posición del hombre frente a todos los hombres y el resto del mundo. Asir la economía y sus formas como un problema ético, es abrir camino en unos horizontes, que aunque ya explorados, venidos a menos en su tratamiento práctico.

Palabras clave: Globalización, Capitalismo, Enajenación, Ética, Nuevo malestar en la cultura.

The deterioration of interpersonal relationships in the times of globalization and its ethical dimensions

Abstract

In the following lines the reader will be able to find some reflections about the problematic that there is in the development of interlocution scenarios in current societies. It is not a criticism towards the market form of these societies, but a warning call that has been started by many since several years now, and from other latitudes apparently, in an unsuccessful attempt. The main objective of this writing is to generate the possibility of discussing about the course of the humankind, which should be a concern of each person. Issues and problems like globalization, capitalism, alienation and ethics are part of the considerations. The global economy more than a political problem is an ethical one as of the human being position against the world and others should be analyzed. To visualize the economy and its forms as an ethical problem is to open a path in some horizons that although they are already explored, they still are a problem from the practical point of view.

Key Words: Globalization, Capitalism, Alienation, Ethics, New discomfort in culture.

Introducción

En su ensayo *El malestar en la cultura* publicado en 1930, Sigmund Freud reflexionaba y analizaba el complejo antagonismo que existía entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura. Mientras esta intentaba establecer unos códigos sociales cada vez más fuertes, se restringía, para ese efecto, el despliegue y la satisfacción de las pulsiones sexuales y agresivas, transformando una parte de la pulsión humana en sentimiento de culpa. Por esa razón, la cultura generaba una insatisfacción y un sufrimiento en los individuos. Mientras más se desarrollaba la cultura, más crecía el malestar. Según Freud, esto generaba que los individuos tomaran la decisión de escindirse de la sociedad y preferir la soledad antes que hacer parte de una cultura que los reprimiera.

Unas décadas después, todavía en el siglo XX, una pléyade de pensadores, entre ellos, sociólogos, filósofos, antropólogos, psicoanalistas, y en general, teóricos sociales, identificaron una serie de fenómenos negativos y preocupantes de las sociedades contemporáneas. En general, todos sus análisis diagnosticaban el efecto contrario del malestar en la cultura, examinado por Freud. Si con Freud el efecto era la preferencia de la soledad antes que hacer parte de la cultura represora; con estos pensadores posteriores a él, el efecto será la preferencia de estar en sociedad y temerle siempre a la soledad.

Estos pensadores coincidieron en que los problemas que ellos diagnosticaban eran fecundados por un problema general en tiempos de globalización: el consumo. Es así que Jean Baudrillard en la década del 60 advierte que la nueva base del orden social era el consumo, oponiéndose al marxismo que siempre creyó el orden social basado en la producción. Baudrillard se propone explicar el surgimiento de la sociedad del consumo y la economía realizando una aplicación de teorías lingüísticas, como la teoría del signo de Ferdinand De Saussure. Esto le permitió describir la dinámica del consumo explicando que primero se da una adquisición de signos y después una adquisición de objetos. De este modo, Baudrillard señala que al consumidor se le ofrece un objeto no en función de su utilidad práctica, sino en función de su significado colectivo; es decir, el prestigio, la opulencia, estar a la moda, ser aceptado, etc.

Estos últimos efectos empezaron a llamar la atención de otros pensadores que pusieron su acento sobre estas problemáticas. Gilles Lipovetsky habla del imperio de lo efímero, donde el problema de la moda ya prefilaba un desenlace no muy positivo para las sociedades actuales. Ese imperio generó lo que él mismo ha llamado la era del vacío, una sociedad donde reina un fuerte individualismo, abriendo camino a una sociedad desorientada.

Precisamente, un vacío es lo que queda en una sociedad consumida y alienada. Ulrich Beck, ya en la década del 80, acuña un término que hoy se conoce como sociedad del riesgo. Todos los problemas que existen en esta sociedad del riesgo tienen sus raíces en el consumo. Advierte que la sociedad del riesgo es la “fase de desarrollo de la sociedad moderna donde los riesgos sociales, políticos, económicos e industriales tienden cada vez más a escapar a las instituciones de control y protección de la sociedad industrial” como puede leerse en su libro *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Esta sociedad está fuertemente caracterizada por un vacío político e institucional, producto de una fuerte individualización, que solo deja imposibilidad de interlocución y entendimiento social.

Esta sociedad moderna carente de convicciones en los individuos desdibujó la posibilidad de asir grupos sociales o cultura. Lo efímero, lo vacío, o lo líquido como diría Zygmunt Bauman, puede explicarse porque a partir de los cambios tecnológicos y sociales ocurridos en la década del 60, las sociedades contemporáneas basaron su dialéctica existencial en un irracional usar y tirar. Por eso Bauman habla de una modernidad líquida, donde nada es firme, todo es gaseoso. Es una sociedad donde no existe el compromiso mutuo, como advierte Bauman. Él encuentra que el surgimiento de todos estos problemas empieza con la entrada a la sociedad globalizada. Parece ser que este proceso económico, político, tecnológico y demás, ha desencadenado una falsa conciencia de la intercomunicación y una especie de nomadismo intelectual, donde todo vale; donde todos tienen el mismo valor, pero nadie tiene por que quedarse con una sola idea. Todos perdieron el compromiso de ser críticos, porque nadie se atreve a replicarle al otro, situación que, según Bauman, corroe y desintegra el concepto de ciudadanía.

¿Qué efectos y daños dejan todas estas anomalías en la psicología individual y colectiva? El psicoanálisis contemporáneo ha puesto el dedo sobre la herida y también ha virado su atención al problema del consumo y al deterioro de las relaciones interpersonales en tiempos de globalización. Recogiendo algunas de las ideas de su colega y padre de la disciplina, desarrollan un nuevo concepto: El nuevo malestar en la cultura.

Reflexiones desde el nuevo malestar en la cultura

En Investigación sobre el entendimiento humano del filósofo escocés David Hume puede leerse lo siguiente: “sé un filósofo, pero en medio de toda tu filosofía continúa siendo un hombre”. Esta hermosa y casi prescriptiva expresión pone de manifiesto la importancia de no olvidar que somos hombres, unos hombres con una condición de hombres muy particular y podemos entender que Hume invita a pensar el hombre, es decir, la realidad de lo que significa serlo.

Esta consideración de Hume puede tomarse como una premisa fundamental para entender el nuevo malestar en la cultura. Los psicoanalistas contemporáneos han identificado un nuevo inconveniente en la posibilidad del hombre relacionarse con su entorno. A ese nuevo inconveniente lo denominan “el nuevo malestar en la cultura”.

Estas reflexiones sobre la realidad de la condición humana siguen de cerca la obra Psicoanálisis de la sociedad contemporánea de Erich Fromm, intentando una relación con algunos artículos donde se trabaja el nuevo malestar en la cultura; y todo sobre la base de la pronunciación de Hume. Esto dará lugar a entender que entre los factores determinantes para un cambio de enfoque en el poder del estado, la manipulación al pueblo, y la dificultad para entablar lazos sociales, se encuentra el factor denominado consumismo. Este factor está, naturalmente, enquistado en la sociedad actual, sometida al gobierno del capitalismo rapaz. En este sentido, el problema de la globalización merece analizarse a la luz del psicoanálisis, para reflexionar sobre el impacto ético que tiene este enfoque mercantil sobre la autonomía del sujeto.

Las notas de Fromm en su libro giran en torno al problema del capitalismo moderno. Él piensa que este sistema político ejerce una influencia negativa en el carácter del hombre contemporáneo. La fuerza de la sociedad de consumo que se genera con el capitalismo va generando lo que Fromm denomina “la autoridad anónima”. Así se lee en Fromm:

A mediados del siglo xx la autoridad ha cambiado de carácter: ya no es una autoridad manifiesta, sino anónima, invisible, enajenada. Nadie da órdenes, ni una persona, ni una idea, ni una ley moral; pero todos nos sometemos tanto o más que lo haría la gente en una sociedad fuertemente autoritaria. Ciertamente, nadie es autoridad, excepto “Eso”. ¿Qué es “Eso”? La ganancia, las necesidades económicas, el mercado, el sentido común, la opinión pública, lo que uno hace, piensa o siente (pp.130-131).

Según esto, esa autoridad anónima va obligando al hombre a buscar ser aceptado por la sociedad. Para lograr tal aceptación el hombre se da a la conformidad y comienza a hacerse evidente que el hombre contemporáneo tiene un miedo extraño a estar solo. Sobre este hecho Fromm señala lo siguiente:

Debo hacer lo que todo el mundo hace; en consecuencia, debo adaptarme, no ser diferente, no “sobresalir”; debo estar dispuesto a cambiar de buena voluntad, de acuerdo con los cambios del tipo o modelo; no tengo que preguntar si estoy en lo cierto o no, sino si estoy adaptado, si no soy “distinto”, si no soy diferente. La única cosa que en mí es permanente es justo esa buena disposición al cambio (p.131).

El capitalismo contemporáneo termina por ser destructor de la cooperación de posibilidades de invento y creación colectiva. El modo capitalista de reformular los públicos, la percepción, el sentir y la inteligencia colectiva tiene en sí una función antiprodutiva. Y la tiene, precisamente, porque al subordinar la edificación de los deseos y las creencias a las exigencias y a la valorización del capital y a sus formas de subjetivación, produce un empobrecimiento de la subjetividad. Ese empobrecimiento sobre la autonomía de los individuos genera una gama de posibilidades que van del glamour o la moda (la subjetividad del lujo) a la subjetividad del desecho, del usar y tirar. El problema es que crece el miedo, dentro de cada individuo alienado, a quedar por fuera, a quedar solo.

Más adelante, en el libro de Fromm, se puede leer y a propósito del miedo a estar solo, que el afán de la búsqueda de ser aceptado lleva a la enajenación, que es uno de los conceptos transversales a la obra del filósofo, y que es producto de la caída en la conformidad, en últimas, de la caída en el consumo que genera un desapego de sí mismo y una vana relación con el otro. Entonces observa Fromm:

Ciertamente, la persona enajenada casi encuentra imposible bastarse a sí misma, porque se apodera de ella el pánico de sentir la nada. Que esto se diga de manera tan franca es, no obstante, sorprendente, y demuestra que hasta hemos dejado de avergonzarnos de nuestras inclinaciones gregarias (133)

La sociedad de consumo y el afán de hacer parte de una sociedad que exige tirar de inmediato lo que se consume genera entre varios inconvenientes, la pérdida de ideales fijos y convincentes. La psicoanalista argentina Estela Solano Suarez afirma que la destrucción de los ideales que normalmente

sostienen la sociedad, es la causante de la generalizada desorientación del hombre en el mundo actual. La principal razón del ocaso de los ideales es el consumo acelerado y el disfrute efímero. Entonces dice Solano:

El hombre equiparado a un objeto desechable, a lo que sobra, a lo que se tira, como si fuera basura. He aquí el resultado de la llamada “sociedad de consumo”, una sociedad que, por empuje de la globalización, dejó atrás los ideales que orientaron y dieron sentido a la vida de las personas (Solano, 2007)

Solano advierte, y siguiendo las reflexiones de Richard Rorty, que el hombre actual vive en un mundo vaciado de ideales pero poblado de personajes. Son figuras que se erigen como representantes de la reflexión moral, al punto de que los hombres alienados adoptan sus categorías y las justifican como su rumbo y faro moral; claro, son personajes vendidos por la propaganda del poder de turno.

Entonces, tiene razón Fromm al hallar en el capitalismo las raíces de un carácter negativo en el hombre contemporáneo. Solano, por su parte, encuentra que ese carácter negativo del que habla Fromm se evidencia en la pérdida de ideales del hombre. Para ella nuestra civilización ha perdido los ideales que tenían como función orientar a los sujetos en la construcción de su proyecto de vida. El proceso de globalización destituyó el ideal y su correlato de valor universal, afirma que la cultura del desecho ha sustituido a la cultura del ideal. En el mismo tenor Carolina Roldan en *El ocaso de los ideales* denuncia una relación negativa entre el consumismo y el nocivo carácter del hombre. Sin embargo, ella piensa un poco más allá lo nefasto que resulta la muerte de los ideales, porque afirma que “la fetichización de los objetos del mercado marca un vacío en las relaciones humanas”.

Este nuevo llamado de atención sobre el vacío de las relaciones humanas también lo hallamos en el libro de Fromm. Para él son importantes el sentimiento de identidad y las relaciones con los otros, pero unas relaciones absolutamente humanas, para poder posicionarse en el mundo, para poder entender el sentido de la existencia. Pero tal sentido no se busca porque el hombre está enajenado, no tiene relaciones humanas y tampoco tiene identidad

Estrechamente relacionado con esto está la falta de sentido de la realidad, que es tan característica de la personalidad enajenada (...) lo cierto es que el hombre moderno ofrece una falta sorprendente de realismo para todo lo que importa: para el sentido de la vida y de la muerte, para la felicidad y el sufrimiento, para el sentimiento y el pensamiento serio (...) Realmente, está tan lejos de la realidad humana, que puede decir con los habitantes del Mundo feliz: “Cuando el individuo siente, la comunidad se tambalea.” (Fromm, pp.145-146).

Esta sociedad actual parece estar repleta de “errantes”, como dice Roldan, sujetos que no saben qué quieren ni adónde van, y cuyo principal cometido se cierra en uno solo: consumir. Pero, precisamente, en ese afán de consumo (de bienes materiales pero también de sustancias de todo tipo) se produce una equiparación entre la persona y el objeto que consume: ambos son desechables ni bien se usan. De modo que en los tiempos de la globalización los hombres no se sostienen bajo la creencia del reino del padre. Lo que domina es el imperativo del goce y el reino de los objetos derivados de los movimientos de la tecnociencia; la autoridad anónima de la que habla Fromm.

Parece ser que tiene razón Roldan al decir que la fetichización de todo lo que hay en el mercado ha resquebrajado las relaciones humanas. Esa fetichización es la enajenación que refiere Fromm, es una entrega sin pudor a la autoridad anónima, al consumismo, al afán de ser aceptado, de hacer que nos vean como la sociedad nos pide que nos veamos. Así expuesto, el hombre contemporáneo ha perdido la posibilidad de tener identidad y sin ella no tiene como relacionarse con los otros, lo único que queda es relacionarse a través de un objeto fetichizado, a través del consumo.

Al hablar de identidad debemos hablar de conciencia, porque finalmente nuestra conciencia son unas ideas que somos, como diría Ortega y Gasset. Pero la posibilidad de conciencia solo viene si el hombre intenta entenderse como hombre; tal vez, la exhortación de Hume se trate de esto, de generar conciencia en el hombre que siempre será un hombre y que solo aferrado a la posibilidad de conocer esa realidad puede tener conciencia y orientación en el mundo, pero entonces, necesita salirse del consumo, de la enajenación y empezar a indagarse a sí mismo. Así puede leerse en Fromm:

En la medida en que una persona sea conformista, no podrá oír la voz de su conciencia y mucho menos actuar de acuerdo con ella. La conciencia sólo existe cuando el hombre se siente a sí mismo como hombre, no como una cosa, como una mercancía. (p. 147)

Entonces, a falta de conciencia falta de ideales, a falta de ideales falta de identidad, y a falta de identidad falta de posibilidad de conversar con el otro, cosa que es importante para posicionarse en el mundo. El nuevo malestar en la cultura observa el miedo del hombre a estar solo, y que para evitarlo intenta ser aceptado en la sociedad, intenta relacionarse, pero no con el calor humano que significa la relación interpersonal, sino que busca un puente en esa mal llamada relación, y encuentra el puente en lo que ha fetichizado del mercado, como diría Roldán, o en la enajenación como diría Fromm.

¿Dónde está el calor humano que significa la relación interpersonal? Podríamos mencionar varias opciones para responder la pregunta. Pero es indudable que la comunicación es el calor humano más significativo a nivel de sociedad. Cuando Searle dice que la necesidad de comunicarse es ontológicamente primera, está observando la importancia de hablar constantemente con el otro, pero una interlocución donde siempre se debe estar bien posicionado, es decir, tener identidad para poder entrar en la comunicación. Una de las actividades sociales más importantes para generar la comunicación con el otro es la conversación, y esta importante actividad no se da en el hombre contemporáneo porque no tiene identidad. Se debe construir una identidad desde joven, debe haber un proceso de esa construcción, pero parece imposible en esta sociedad de consumo, en esta cultura del desecho como lo diría Solano, donde la educación dejó de ser un proceso y se volvió un producto, como lo denuncia Zygmunt Bauman. Veamos lo que dice al respecto Jaime Alberto Carmona, otro psicoanalista:

Nada nos impide preguntarnos qué pasaría si los ríos corrieran hacia arriba, si hubiese una época que propusiera el goce de la madurez, que situara la apuesta a la felicidad posible en un período más sabio de la vida; no en la edad ilusa, en la que todavía las personas no están en condiciones de pensar la lógica y el destino de las instituciones políticas, laborales y familiares que los rigen, ni el poder para decidir sobre ellas. Una época así supondría el despropósito de que nuestros muchachos y muchachas vivieran su adolescencia, no con la pretendida asertividad y la insolencia que los caracteriza actualmente, sino como una época de

adolescer, esto es, como tiempo de padecer el abandono del solar de la niñez y el ingreso tímido en la calle del mundo. Implicaría la insensatez de concederle a la juventud el derecho a la angustia, al malestar, a los vaivenes del ánimo; dejarlos que vivan sus crisis inevitables sin culpas adicionales y sin abrumarlos con demandas de felicidad que justifiquen los sacrificios que les ofrecen sus padres, sin que ellos los pidan. Una época en la cual la juventud no fuera el tiempo del imperativo de gozar, sino del crecimiento, de la construcción interior; incluso, de ciertos períodos de soledad; época de cultivo (no de cosecha), de las letras, las artes, la filosofía, la política... (Carmona, p.3)

Fromm también observa que se ha roto la posibilidad de conversar con el otro:

Todo lo que importa es no tomar nada demasiado en serio, intercambiar opiniones, y estar dispuesto a admitir que una opinión o convicción (si es que tal cosa existe) vale tanto como otra. En el mercado de opiniones se supone que todo el mundo tiene una mercancía del mismo valor, y es indecoroso e injusto dudarle (Fromm, p.134)

No hay conversación con el otro, nadie se compromete con una idea porque no la tiene, nadie defiende una posición en el mundo porque no está posicionado en él, y es indiscutible que todo es producto de no educar ideales y de estar sometido al goce efímero, al consumo. Por eso vuelve y dice Carmona en Goce ahora y pague después “Los jóvenes llegan así al mundo de los adultos desavenidos con sus ideales, sobregirados con sus cuerpos, endeudados con sus historias; desilusionados, con razón, de su monótona búsqueda de la felicidad” (p.2)

Cuando Solano dice que el proceso de globalización destituyó el ideal y su correlato de valor universal, y afirma que la cultura del desecho ha sustituido a la cultura del ideal, está pensando precisamente en la posibilidad de hablar con el otro, posibilidad que se vino a menos; es como si la globalización hubiese generado el rompimiento de la comunicación con el otro, o al menos así lo advierte Antonio Di Ciaccia en La ética en la era de la globalización:

La globalización es una revolución. Una revolución silenciosa. Una revolución total. Es una revolución porque modifica la relación del sujeto con el otro. Es una revolución porque perturba el nivel de la comunicación. (p.2)

Según Di Ciaccia la globalización genera la reducción de cualquiera a la función de prójimo, además es una universalización, pero imaginaria, donde se elimina al otro, al tercero, a ese prójimo. Sostiene que la globalización pone en tela de juicio el pacto entre ciudadanos y entre Estados en el que se fundan las democracias, y además, no abre la posibilidad de comunidades sino de centros comerciales, como dice él, donde no hay ciudadanos sino consumidores.

Si bien Di Ciaccia reconoce que la globalización es un problema de economía política, no debe olvidarse que en el fondo termina siendo un problema ético. Y en tanto ético, termina siendo un problema cotidiano, un inconveniente para los ciudadanos, para la gente común, para la gente de a pie. Parece ser que la ética de la economía de mercado no tiene en modo alguno como fin el bien del hombre, sino que la máquina vaya donde tiene que ir, siguiendo su recorrido inevitable, e irrefrenable. Esta ética de la economía de mercado hace creer que lo real es la riqueza.

Entonces, seguir siendo un hombre como decía Hume, se puede entender como el imperativo de la búsqueda de sí mismo en el hombre. Una búsqueda que tal vez sea posible en una actividad tan humana como la conversación. Pero Fromm y los autores del nuevo malestar en la cultura nos advierten que ya no es posible la conversación dado que para hacerlo debe haber unas bases, unas ideas construidas por la reflexión sobre el mundo. Como ya no hay ideas ni bases para hacerlo, tal vez esté lejos llegar a ser un hombre y nada más que un hombre. Para Fromm, es importante compartir con el otro, decir lo que se piensa, si es que hemos logrado hacerlo, para poder ingresar en lo más profundo de cada uno, leamos a Fromm:

Vuestras ideas, mientras las guardéis dentro de vosotros mismos, pueden perturbaros; pero de esa perturbación puede salir algo fructífero: les dais vueltas, pensáis, sentís, podéis llegar a una idea nueva nacida de ese trabajo. Pero cuando las decís, cuando habláis de ellas, cuando no sometéis a presión, por decirlo así, vuestras ideas y vuestros sentimientos, no son fructíferos. Es exactamente lo que ocurre con el consumo libre. Sois un sistema en el que entran y salen cosas constantemente, y dentro no hay nada, ni tensión, ni digestión, ni personalidad. Él descubrimiento hecho por Freud de la asociación libre tenía por objeto averiguar lo que ocurría en vosotros por debajo de la superficie, descubrir quiénes sois realmente (...) (p.143)

Conclusiones

La idea de seguir siendo un hombre parece estar lejos si el hombre contemporáneo sigue sujeto al consumo. De acuerdo a todo esto, es decir, a la enajenación, a la fetichización, al consumo, a la autoridad anónima, al objeto mercantil, al miedo a estar solo, al tedio a pensar, a la falta de identidad, en fin, a todos los problemas que tiene el hombre contemporáneo, no es extraño que Psicoanálisis de la sociedad contemporánea se trate de un libro que continúa las ideas expresadas por Fromm en El miedo a la libertad. Porque ese es el mayor inconveniente, el miedo a expresar, a pensar, a la libertad; la obviedad del problema parece sugerir que al hombre contemporáneo no le arrebatan la libertad sino que él mismo la suprime cuando entra en la sociedad del consumo. Tal vez solo quede revisar, en aras de seguir siendo hombres, la idea de la regulación del mercado por parte del hombre porque como diría Max Weber “donde el mercado está abandonado a su autorregulación solo conoce la dignidad de la cosa y ya no la dignidad de la persona”.

Queda pensar, y es una propuesta para la economía, el lugar que puede ocupar la conversación dentro de la economía. Es decir, que la conversación debería ser una cuestión que interese al economista. No hay interacción económica entre los hombres que no esté acompañada de palabras, ya sean verbales o escritas, impresas o por cualquier otro medio. Debe tenerse en cuenta que la economía no se dirige a clientes de una caracterización en especial, sino a públicos. Las empresas contemporáneas han vuelto la posibilidad de interlocución una clave de sus estrategias: markets and conversations.

De modo que la economía puede aportar para que el hombre contemporáneo salga de su alienación y se emancipe a través de la fomentación del diálogo y la conversación. Estas son actividades que permiten reparar las fisuras que la globalización ha dejado en las ciudades y la ciudadanía. Sería un gran paso para salir de la generación de idiotas que predijo Albert Einstein cuando ya le preocupaba la tendencia de los seres humanos con respecto a los excesos en el uso de la tecnología. Se puede

apostar para que en tiempos de globalización no se rebase la ética humana. Porque aunque cause cierto estupor, tenía razón Einstein al temer el día que la tecnología sobrepasara la humanidad, porque hoy que ya lo hizo, tenemos esa generación de idiotas.

Referencias bibliográficas

Carmona, J. (2002). Goce ahora pague después. *Poiésis*, (5): 1-4.

Di Ciaccia, A. (2003). La ética en la era de la globalización. *Virtualia*, (3): 2-7.

Fromm, E. (1956). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México, D.F.: Fondo de cultura económica.

Hume, D. (1995). *Investigación sobre el entendimiento humano*. Barcelona: Altaya.

Roldan, C. (2000). El ocaso de los ideales. En: Instituto Jorge Robledo. *¿Adolescencia o adolescencias? Representaciones y contextos*. Medellín, Colombia.

Solano Suarez, E. (2007). La cultura del desecho ha sustituido a la cultura del ideal. *Hoy La Universidad, Periódico de la Universidad Nacional de Córdoba*, No 32.